

La UE ante su presente inmediato: de la rectificación obligatoria a los retos ineludibles

Alfredo Crespo Alcázar
Vicepresidente segundo, Asociación de Diplomados Españoles en Seguridad y Defensa (ADESyD); Investigador agregado, Instituto de Estudios Riojanos (IER)

Blanc Altemir, Antonio
La Unión Europea y los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica)

Thomson Reuters Aranzadi, 2015
212 págs.

Hewitt, Gavin
Europa a la deriva

Alianza Editorial, 2015
358 págs.

Tenemos ante nosotros dos obras complementarias. La dirigida por Antonio Blanc, de carácter coral, explica, contextualiza y desarrolla cómo han sido las relaciones de la Unión Europea con Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica (los países BRICS). La de Gavin Hewitt se centra más en cómo han transcurrido los últimos años del proceso de construcción europea, teniendo como eje vertebrador la crisis económica. En ambos casos, el lector encontrará un europeísmo crítico que, aun valorando la contribución que la UE ha hecho al binomio prosperidad-democracia, le insta a que

dé nuevos pasos en su agenda ya que, de lo contrario, quedará relegada a la irrelevancia como actor internacional.

La obra de Blanc Altemir analiza las relaciones exteriores de la UE y, dentro de las mismas, las mantenidas con los BRICS, escritadas desde sus orígenes hasta casi el momento actual (el libro se editó a inicios de 2015). Cada uno de los capítulos está elaborado por investigadores familiarizados con el objeto de estudio, fenómeno que puede observarse en la ingente bibliografía y fuentes manejadas, lo que permite al lector profundizar en algunos de los aspectos tratados. Asimismo, su lectura nos permite obtener un conocimiento suficiente acerca de los BRICS, cuáles son sus aspiraciones y, más en particular, sobre las pretensiones de liderazgo de China, mostradas por ejemplo en la creación del New Development Bank, para el que aportó 41.000 millones de dólares, frente a los 5.000 millones de Sudáfrica.

Igualmente, al iniciar cada capítulo, los autores de la obra coordinada por Blanc Altemir ofrecen un perfil del país en cuestión, lo que permite comprender la exposición posterior. Así, el primer rasgo que sobresale de los BRICS es su carácter heterogéneo desde el punto de vista político y económico, pero también desde el prisma social y cultural. Al respecto, Sergio Salinas los define como «una coalición blanda (...)» en la que los Estados que la integran presentan una serie de elementos comunes, pero también diferencias significativas en relación con esos mis-

mos parámetros. Esa circunstancia no es ignorada por la Unión Europea, cuyas relaciones con esos países no se plantean como grupo sino de manera individualizada, estableciendo una asociación estratégica con cada uno de ellos, con la excepción precisamente de China, siendo ese precisamente el objetivo de la relación entre ambos a partir de mediados de los años noventa» (p. 151). Sin embargo, esas diferencias entre ellos no suponen un obstáculo para cumplir su deseo y expectativas de tener mayor protagonismo en la gobernanza global, para lo cual han desarrollado una ingente actividad diplomática –véase como ejemplo el caso de Brasil durante los gobiernos de Lula Da Silva y Dilma Rousseff–. No obstante, este fenómeno real se combina con su incapacidad para solventar algunos problemas estructurales propios del escenario doméstico; problemas, como la corrupción, que podrían minar sus expectativas de crecimiento en el corto y medio plazo.

Los BRICS unen a su poderío económico otras características que deben tenerse en cuenta, como su superávit de recursos naturales (Brasil), su fuerza militar empleada para aplacar cualquier movimiento secesionista (Rusia) o su capacidad para entablar relaciones con países e instituciones otrora ajenos en la agenda de su gobierno (China).

La UE –y previamente la Comunidad Económica Europea (CEE)– ha mantenido relaciones con todos los países BRICS, y estas relaciones han estado caracterizadas por dos fenómenos com-

plementarios. Por un lado, se trata de relaciones enmarcadas en un modelo que puede que fuera válido hace unas décadas, cuando Europa percibía a cada uno de ellos como un *junior partner*; pero no ahora. Por otro lado, y en íntima relación con la idea anterior, la UE, quizás de manera involuntaria, ha subestimado el potencial de este conjunto de países. Al respecto, la obra de Hewitt completa esta premisa: si bien la UE era un modelo de organización de referencia hasta iniciado el siglo XXI, con el euro como símbolo, lo cierto es que la crisis económica y su incapacidad para dar una respuesta eficaz y coordinada a la misma han restado atractivo a la Unión. Este fenómeno lo han percibido los BRICS, dentro de un panorama más global del que cuestionan las instituciones derivadas de Bretton Woods (1944).

En este sentido, aun con sus hándicaps y problemas estructurales internos (pobreza, desigualdad o deficiente garantía de derechos y libertades), los BRICS han mostrado un carácter dinámico, creando sus propias instituciones, si bien manteniendo intacta la soberanía nacional de sus componentes. En cualquier caso, demuestran una interacción constante entre sí, además de la asunción de un *modus operandi* que parte de una premisa innegociable: en conjunto pueden promover mejor sus intereses que por separado (p. 17).

Esta suerte de lema, que ha guiado desde sus orígenes el proceso de construcción europea, se halla en desuso precisamente en Europa en los últimos

tiempos y así lo transmite Hewitt en su libro. La crisis económica reflejó las carencias intrínsecas de la integración europea, demostrando que se había llevado a cabo prescindiendo de la unión política. Asimismo, los acontecimientos desarrollados entre 2008-2014 dejaron como conclusión que la UE era ante todo un proyecto económico. A partir de ahí, Hewitt cuestiona que la austeridad, como base principal para proceder a implementar el rescate (económico) y como medida para retornar a la senda del crecimiento económico, haya sido la mejor opción. Por el contrario, a través del recorrido que efectúa por los países que directa (Grecia e Irlanda) o indirectamente lo pidieron (España), nos demuestra una realidad marcada por la combinación de protestas procedentes de la sociedad y la caída de los gobiernos: «los votantes europeos descubrieron que no podían echar a los funcionarios europeos, pero sí a los gobiernos» (p. 126).

Por tanto, la UE ha dado un paso equivocado en el cual la tecnocracia ha suplido a la democracia. Esto se ha traducido en fuertes críticas al proyecto europeo, alejado de las ideas que en su día trazaron sus «padres fundadores» (Monnet, Schuman o De Gasperi), las cuales han sido interpretadas con un exceso de subjetividad por las actuales élites políticas europeas. A modo de ejemplo de esta afirmación, destacamos las palabras de Van Rompuy, que sostenía que «el euroescepticismo conduce a la guerra. Una escalada de nacionalismo es el peor enemigo de la

UE. En todos los estados miembros hay gente que cree que su país puede sobrevivir por sí mismo en un mundo globalizado. Es mentira (...) la época del Estado-nación homogéneo ha pasado» (p. 130). En una dirección argumental similar se pronunció Nicolás Sarkozy cuando espetó que «los que destruyan el euro serán responsables de la reaparición de los conflictos en nuestro continente» (p. 208). Asimismo, otra consecuencia no deseada del *modus operandi* basado en la austeridad es la que produjo la reaparición de determinadas conductas que parecían desterradas de Europa, en particular, el recuerdo a los años de la Segunda Guerra Mundial y la responsabilidad de Alemania en la misma. Grecia lideró una serie de ataques xenófobos contra el gobierno de Ángela Merkel que en ningún caso legitimaron la actuación de los sucesivos gobiernos helenos durante las últimas décadas.

A pesar de su rechazo a las medidas alemanas, Hewitt hace una radiografía exacta de cómo fueron las reacciones en los estados miembros rescatados. En este sentido, encontraremos un fiel retrato que va de la reacción más visceral, la de Grecia, hasta la irlandesa que rozó, si bien con matices, la autocrítica, pasando por las excentricidades del Gobierno italiano encabezado por Berlusconi o la resignación de Portugal. Sin embargo, como hemos indicado previamente, los resultados, a día de hoy, distan de ser los esperados y han dejado como peligrosa conclu-

sión identificar el proceso de construcción europea únicamente con el euro, lo que ha servido para poner de relieve que «el mito mayor era que estos antiguos países, cada uno de ellos formado y moldeado por su propia historia, se habían convertido en un bloque político y económico cohesionado. No había nada de eso» (p. 43).

Con todo ello, la crisis del euro sumada a la crisis de crecimiento de la UE –fenómeno este último que pone en peligro la viabilidad futura del Estado de bienestar– ha tenido más repercusiones en las relaciones de la UE con los BRICS a nivel bilateral que de grupo. Además, en esa relación bilateral, Bruselas ya no determina la agenda; de hecho, su influencia en la misma ha menguado en los últimos años, pese a la magnitud y trascendencia de los retos que deberían compartir.

En definitiva, la UE afronta un presente complejo y un futuro caracterizado por los interrogantes. A nivel interno, debe dar respuesta a las demandas de sus ciudadanos promoviendo un crecimiento económico que garantice la supervivencia del Estado de bienestar. Apelar al lema «más Europa» no parece que sea del agrado de los propios ciudadanos europeos, que siguen otorgando mayor legitimidad y lealtad a sus estados-nación frente a las instituciones europeas. En este sentido, la unión fiscal, como herramienta destinada principalmente a preservar el euro, se antoja una medida necesaria pero insuficiente. A nivel externo, la UE debe competir con los países

BRICS, no solo desde el plano económico, sino a nivel de liderazgo global. No obstante, los déficits estructurales internos de los BRICS podrían ir en su contra a la hora trazar una nueva arquitectura de gobernanza global que satisfaga sus intereses y ponga en valor su peso real.
